

LA REVOLUCION DE LOS INDIOS KUNAS DE PANAMA

(Febrero de 1925)

SEGUNDA PARTE:

LA REGION OCCIDENTAL

Introducción por Ricardo Falla S. J.

Presentamos aquí la 2ª Parte de la Revolución Kuna de 1925 escrita por el P. Jesús Erice. En el número anterior se narró la acción sangrienta de la región central del archipiélago, sobre todo de la isla Playón Chico, preparada desde Ailigandí y Ustupu. Aquí se relatan las acciones de violencia llevadas a cabo en diversas islas del Occidente. Algunas de estas acciones fueron planeadas desde Ailigandí: las de las islas al Oriente de la civilizada Narganá. Las del Occidente de esta isla, en cambio, fueron impulsadas desde Kartí, donde había sentado su "cuartel" el americano Richard O. Marsh. El relato de esta segunda parte está tomado del artículo **Revolución Indígena Kuna** publicado en Febrero de 1950 en la Revista mimeografiada **La Juventud Samblaseña** que el mismo P. Erice sacaba desde Narganá con la colaboración de algunos estudiantes y maestros. Como dijimos en el número anterior, este sacerdote ha sido misionero de San Blas durante más de treinta años y conoce el lugar como pocos no nativos. El logró los datos de la narración a lo largo de muchas conversaciones, muchos viajes por las islas y mucha experiencia directa con la vida de los Kunas.

A. VISION DE CONJUNTO

Apostados los dos comandos generales en sus puntos estratégicos, el uno en Ailigandí y el otro en Karti-Sugtupu, y virtualmente alineada la tropa, se procedió resueltamente al ataque a sangre y fuego.

Comisiones desde Ailigandí. Se despachó una comisión el sábado por la mañana, día 21 de Febrero, desde el cuartel general de Ailigandí con destino a Río Tigre con una orden escrita para el jefe de operaciones de este pueblo redactada, poco más o menos en los siguientes términos: "mañana domingo, a las 10 h. a.m., matarán cuidadosamente y con mano firme a la policía del pueblo. Pasarán luego a Tigantikí, para acabar con los agentes públicos de allí. Inmediatamente después de llevar a cabo estas órdenes, vendrán aquí a darnos cuenta de su cumplimiento".

Para Narganá no había despachos ni comisiones. En este pueblo más occidentalizado no había cómplices, porque siempre fue leal a la bandera de la civilización, desde que la izaran el indio indómito Carlos

Robinson y el Misionero Padre Leonardo Gassó, S. J.¹ con la protección del Presidente Amador Guerrero a principios de siglo.

Kartí. Este segundo cuartel de mando, a cargo del Cacique Olo-nibikiña², bajo el asesoramiento inmediato de Mr. Marsh³, retardó sus movimientos, sin duda, por estas dos razones: porque en el caso de frustrarse el golpe en el oriente de la Comarca, la mano represiva del Gobierno se dejaría sentir más fuertemente en Kartí a causa de su proximidad con El Porvenir, capital de la intendencia. En segundo lugar, era necesario acechar cuidadosamente al nutrido cuerpo de policías allí existente para sorprenderlos desprevenidos, si no se quería un fracaso.

Después de esta prudencial demora, el mando de Kartí desplegó sus fuerzas por toda la extensión del campo de operaciones a él asignado, a saber: desde Río Azúcar hasta El Porvenir, en el orden siguiente.

Primeramente observó de cerca los movimientos del enemigo más poderoso, radicado en la cabecera El Porvenir. Con este fin comisionó al indio más amigo de la Intendencia y de los castellanos en general, Ai Petter de Kartí, bajo los especiosos pretextos de tratar asuntos comerciales, pero en realidad con el propósito de preparar el golpe certero a la cabeza. Si esto no se conseguía, al menos lograría distraerlos, interpretando como infundados los rumores que tal vez se oyeran acerca de levantamientos en armas.

1) Carlos Robinson fue elegido Cacique de Narganá en 1903 después de haberse ausentado por varios años como marinero de un barco de las Indias Occidentales, donde, entre otras cosas, aprendió inglés. Cuando volvió a Narganá sirvió de vínculo para el movimiento civilizador. En efecto, en 1907 el P. Leonardo Gassó S. J., recomendado por el Presidente de la República Amador Guerrero, hizo su ingreso en Narganá y fundó una escuela, con la oposición de las familias más tradicionales de la Isla y el disgusto de las islas vecinas, cerradas a la "civilización".

Para entender el interés del Gobierno Panameño en atar a la Nación al pueblo Kuna de San Blas hace falta indicar que después de la independencia de Panamá (1903) se formaron dos partidos en San Blas, el oriental bajo Inapakiña, cacique de Sasardí, que mantenía su fidelidad a Colombia, y el occidental o central, que aceptó el dominio del nuevo centro del Estado Panameño, bajo el Cacique Colmán de siligandio. Narganá adoptó una actitud de neutralidad en la división de partidos, que lucharon por la sucesión del único Cacique, muerto en 1903. Quizás por su neutralidad y a la vez fidelidad a Panamá a través de Robinson el Gobierno escogió a Narganá para extender desde él el influjo efectivo de la nacionalidad. Es interesante ver cómo la fidelidad de Colmán se convirtió en abierta rebelión en 1925, mientras que, parece que por oposición a Colmán (Stout: San Blas Cuna Acculturation Pág. 87). Inapakiña se mantuvo fiel a Panamá en esa coyuntura sangrienta.

Dada la veleidad en la lealtad nacional de los Partidos opuestos, resultaba mejor estrategia vincular al Gobierno con una isla neutral, la cual con el tiempo surgiría como la sede de un tercer Cacique General, que apoyara a uno de los dos Partidos opuestos.

- 2) Este Cacique era Sáhila, únicamente de su isla Kartí-Sugtupu. Adquirió importancia por la presencia de Marsh en la isla.
- 3) Para más datos sobre este explorador americano, ver la Primera Parte.

En este intervalo ejecutaron a los policías de Río Sidra, en unión de los trabajadores de la finca del Sr. Rafael Morales⁴. Esto tenía lugar el martes de carnaval, día 24 de febrero.

Por la noche de este mismo día, desplazaron otra comisión a la isla de Ubigantupu (Mandinga), donde comerciaba a favor de la autoridad un funcionario del gobierno. Algo antes partió para Río Azúcar una expedición jefaturada por un individuo vecino de este mismo pueblo, pero temporalmente residente en Kartí. Portaba la orden de matar al dependiente de la tienda oficial.

Hemos dado una mirada de conjunto a la maquinaria de la revolución. Esto nos habrá ayudado a formarnos una cabal idea de los movimientos realizados por los indios y admirar al mismo tiempo la **maestría** en la ejecución del plan trazado.

En su respectivo lugar veremos actuando a cada una de las comisiones.

Curándose en Salud. Tres calculadas tácticas fueron seguidas por todos y cada uno de los grupos revolucionarios, a saber: 1) Los victimarios, a ser posible, debían ser de otros pueblos, para pasarse por desconocidos y anónimos, en el día de rendir cuentas. 2) Si esto no podía conseguirse, debían participar los más posibles en cada caso aunque sea propinándole un pequeño golpe al muerto. 3) Debíase obligar a los parientes de las víctimas, si se trataba de policías indios, a ser cómplices materiales en el asesinato, para impedir que más tarde se convirtieran en delatores de los autores del homicidio.

Con estas tres principales precauciones, se obtenía distribuirse la responsabilidad entre muchos. Así resultaba que eran todos o nadie. Se aplicaron en salud la medicina.

B. RIO TIGRE.

Era sábado de carnaval. El pueblo entraba en el paréntesis de una franca expansión y ánimo, olvidando por el momento la desazón de extrañas imposiciones y echando el manto de la indulgencia sobre resentimientos con la autoridad panameña.

Reina, damas de honor, carrozas, comidas y bebidas, el dios momo, etc. saturaban el alma de la alegre juventud.

Al atardecer con rojizos nubarrones que despedían al sol, arribaron a la playa del pueblo varios individuos: venían de Ailigandí. Era la comisión portadora de las órdenes de sublevación.

Un atento observador habría sospechado de las recelosas actitudes de los recién llegados: saludo breve, palabras entrecortadas con sus familiares, aire de reserva en todos, miradas furtivas y temerosas de vez en cuando.

4) Rafael Morales, como dice Erice en otra parte de su artículo no publicada aquí, era el Gerente General de una cadena de comercio localizada en la islas siguientes: El Porvenir, Mandinga, Río Azúcar, Río Tigre y Playón Chico. El era el dueño legal de dichos establecimientos, pero el dueño real era una autoridad oficial no mencionada por Erice. Según el Acta de la República Tule era el mismo Intendente. Dicho Rafael Morales, por su cuenta o por iniciativa del Intendente que lo respaldaba, roturó más de 100 Has. en el continente frente a Río Sidra para la siembra del plátano. Este cultivo gerenciado por un no-Kuna dentro de la Reserva Kuna, marcada desde 1915, era contra la ley.

Colocados en su lugar los enseres del largo y penoso viaje, aquellos Tigreños se entregaron a las ocupaciones ordinarias en tales casos: bañarse, vestirse con ropa limpia, comer y tumbarse en sus hamacas.⁵

Ya adelantada la noche, mientras el baile seguía animado y se libaban espirituosos néctares, los inofensivos viajeros empezaron a fraguar el sangriento drama: Iban y venían, entraban y salían de las casas. Terminó por reunirse un buen grupo en casa del joven M. L.⁶, jefe de la rebelión. En la puerta principal pusieron un vigía y empezaron la sesión.

Un papelito plegado y replegado fue abierto y puesto sobre la mesa. Se dió lectura al escrito, redactado en el tenor siguiente: "Mañana, a las 10 a.m., ultimarán inexorablemente a los Policías Luis Mojica y Roberto Estósel".

Inmediatamente forjaron la estratagema a seguir, que había de ser la siguiente: para la hora fijada había de prepararse un programa carnavalesco, de sabor levantisco. Consistiría en un alegre baile a des-tiempo, ejecutado con la mayor algazara posible y a toda orquesta, con el fin de provocar un altercado con la autoridad.

Intentarían pedir permiso antes **seguros de que la autoridad lo negaría**. El baile se llevaría a efecto a pesar de la negativa de la autoridad, que no tardaría en manifestarse con la violencia acostumbrada.

Efectivamente el domingo temprano, cuando se encontraba el jefe Luis Mojica en la tienda del famoso capitán Bus Parks⁷, se presentaron a pedirle la simulada licencia de baile. Recibieron inmediatamente una airada negativa. Los demandantes se retiraron aparentemente resignados.

Minutos después el club era escenario de una tumultosa algazaría, formada por cantos, música, saltos en discordante concierto: era el reclamo homicida.

Falsos Amigos... Cayendo en el lazo. Individuos del complot espiaban de cerca la reacción del Policía ante aquella insubordinada algazara. Hasta delataron el hecho como un agravio, simulando compartir sus sentimientos. Luis se dirigió airadamente al lugar del tumulto, acompañado de sus fingidos amigos, muy ajeno de pensar que eran sus propios asesinos: pájaro incauto, volaba a enredarse en la trampa.

El agente colonial subió marcialmente las escaleras del club y cuando entró se hizo un silencio sepulcral. De pie a la entrada del edificio estaba perorando un torrentoso regaño a los rebeldes, cuando fue agarrado fuertemente por la espalda y sujetado por los brazos. Inmediatamente echáronle al cuello un lazo de gruesa soga y tirando cuatro fornidos indios de cada extremo, lo ahogaron hasta que cayó tendido en el suelo.

El pájaro grande había caído en las redes, faltaba el chico. Exánime en tierra la víctima castellana, los asesinos prosiguieron calculadamente el alboroto, con el fin de dar tiempo a los cómplices de hacer

5) Bañarse y vestirse ropa limpia porque al navegar en cayuco por el mar se salpican los tripulantes de agua salada.

6) El autor no es del todo coherente en el uso de iniciales o anónimos.

7) Más adelante aparecen detalles sobre este Capitán.

venir al mismo recinto al policía indígena Roberto Estóbel, so pretexto de un desacato de los jóvenes del Club. No tardó en personarse, arma en mano y paso apresurado. Faltando pocos pasos para entrar al centro de diversión le descargaron un formidable hachazo a la cabeza. Cayó de bruces en un charco de sangre. Nuevos machetazos y palos fueron descargados en presencia de una gran multitud que se había apiñado atraída por la curiosidad.

Así podía haber murmurado la semi-viva víctima, al recibir los últimos golpes precisamente de un hermano suyo. Había acudido al lugar arrastrado por la corriente de la masa humana, ignorante de lo que se trataba. Los rebeldes al verlo allí, le dijeron con brutal fiera: ¿Quieres defender a tu hermano? Si intentas hacerlo, te mataremos también a tí.

Y poniéndole una porra en su mano, le intimaron diciendo:

—Pégale tú también; si no te pegaremos a tí. El infeliz, sobre la desdicha de contemplar tan macabro espectáculo, pasó por el desgarrador trance de ser él quien propinara el último golpe de gracia a su propio hermano.

El ensañamiento de los asesinos sobre Luis Mojica, alcanzó límites tan increíbles, que posiblemente superó lo hecho con Miguel Gordón en Playón⁸. Seguramente en cruel desquite de las arbitrariedades que, dicen, cometió con los indios.

Habían sacudido todo extraño yugo. Nada morosos, pusieron cruz y raya entre la civilización y la tradición primitiva y restauraron las antiguas usanzas a toda prisa y hasta el último detalle.

En consecuencia, las mujeres se cortaron el pelo⁹, y volvieron a suspender de la nariz sus argollas, vestir sus típicas molas y adornar sus brazos y piernas con abigarrados güines. Quemaron en una hoguera cuanto de grado o por fuerza habían recibido de la moderna civilización.

Tras nuevas aventuras: A cinco o seis millas de distancia desde Río Tigre estaba el centro de la civilización de la tribu Narganá. Era necesario montar guardia frente a esta población culta, y aprestarse al asalto de este baluarte, si se presentaba oportunidad propicia. Esta se presentó.

Se había apostado un vigía permanente alrededor de la isla de Tigre contra una posible represalia de parte de las fuerzas de la policía de Narganá. Rugían los autores de la violencia por acabar una vez por todas con todo vestigio de autoridad castellana.

Casualmente poco después de la cruenta faena, el mismo domingo arribó a la isla de Río Tigre, procedente de Aidirgandí, un indio de Narganá, que viajaba a Narganá. Fue internado inmediatamente en la población con cuanto traía para el sustento de su familia. Llamábase Antonio López. No había más que desear. Tenían ya el enlace para infiltrarse en Narganá y asestar artero golpe de muerte a todo el cúmulo de civilización allí atesorado. Necesitaba adiestramiento para llevar a

8) Ver la Primera Parte.

9) El corte de pelo es una costumbre tradicional que indica que la mujer ya se ha desarrollado y puede casarse. Desde que se lleva a cabo dicho rito de paso la mujer ya nunca se deja el pelo largo.

cabo tan difícil cometido, había que infundirle temple de rebelde. Efectivamente fue llevado hacia un montón de hojas de palma y situado frente al club. Levantaron las hojas una tras otra y allí aparecieron dos cadáveres tintos en roja y fresca sangre, con la cabeza horriblemente sajada. Señalando a las víctimas le dijeron al Narganés: —Mira quiénes son. Así deben hacer ustedes con los policías de Nargana. Si no los matan, los mataremos nosotros; y les haremos pagar a ustedes cara su cobardía.

Al retirarse de ver este espeluznante cuadro, se suscitó una especie de alarma. Corridas de una parte a otra, llamadas y gritos entre unos y otros. ¿Qué era? Un cayuco se acercaba al pueblo a toda vela; sería el policía colonial Miguel Herrera del vecino pueblo de Tigantikí? Esa preciada presa de ningún modo debía escaparse.

Como movidos por un resorte común, se reunieron en un santiamén todos los cómplices a deliberar sobre el modo de dar caza al presunto agente castellano.

Parece cargaban como pesadilla en su imaginación la civilizada villa de Narganá. Volviéronse de nuevo sobre el narganés Antonio con ánimo de pasarlo por el crisol de la prueba y endurecer su espíritu para que fuera después en su pueblo, corifeo de desalmados.

Le asignaron el punto de ataque más estratégico. Lo vistieron de camisa roja, le pintaron de rojo la cara y poniéndole en sus manos un fusil, le dijeron: —Sé valiente como nosotros. Tu solo has de matar a ese enemigo de los indios. Dispara con pulso firme y tiro certero. Vamos a ver cómo te portas.

Los otros tiradores se situaron en varios bohíos. Por entre las rendijas de las paredes cañizas sacaban el cañón de los fusiles.

Cuando el cayuco se acercó a regular distancia, fueron reconocidos los viajeros, a saber: el San Andresano¹⁰ Pobze, pescador, venía siendo trasportado desde Tigantikí a Tigre, por dos vecinos de aquella isla. Desistieron de hacerles daño alguno, ya que ningún daño habían recibido de aquel extranjero. Esto sería como a **las doce del domingo** de carnaval.

Los dos indios de Tigantikí fueron objeto de un interrogatorio semejante a este:

—¿No han matado todavía a Miguel Herrera?

— No.

— ¿Pues, en qué están pensando? Vengan a ver lo que nosotros hemos hecho con los canallas policías, para que aprendan a hacer lo mismo ustedes.

Fueron invitados a contemplar la escalofriante tragedia. Por fin los despidieron con el encargo siguiente:

—Váyanse ahora mismo, y mátenlos. Ya los demás pueblos han hecho lo mismo con los suyos. No sean cobardes.

Los dos indios regresaron apresuradamente a su pueblo, donde refirieron lo ocurrido en Tigre y las órdenes de exterminio que traían.

10) De la isla colombiana San Andrés, probablemente negro.

Probablemente el tal Pobze salía huyendo de la muerte. Por lo que diremos a continuación, los policías de Tigantikí sabían que se tramaba algo malo contra sus personas allí, sin comprender todo su alcance, ni estar informados de los sucesos de Tigre.

C. TRAGEDIA DE TIGANTI KI

En la noche del sábado al domingo de Carnaval varios cayucos de hombres de Aidirgandí, entraron en Tigantikí con ánimo de asesinar a la policía. Esta versión se corrió en la noche aquella en Aidirgandí, según testimonia Antonio López presente allí.

El hecho es que, a la mañana siguiente se regresaron todos, sin lograr el objetivo. Tal vez el pueblo no estaba dispuesto a verificar aquel sacrificio, quizás informaron de ello al policía y no se dejó sorprender.

Es cierto también que el colonial Miguel Herrera estaba bien cerciorado de las malignas intenciones de los indios, porque lo vemos pasar a la ofensiva al menor indicio de peligro. Además, aquella misma mañana detuvo en Tigantikí a Antonio López, quien sólo andaba de paso, sujetándole a un prolijo interrogatorio.

Cayendo en sus propias redes. La nerviosidad y la precipitación ocasionaron, según todos los visos, el triste desenlace del policía latino Miguel Herrera y sus colegas.

En la tarde del domingo avisaron en lontananza un cayuco en dirección a Tigantikí y creyeron ser lo que temían: los emisarios del gran Colman. Se equivocaron, eran los indios comisionados desde Tigre a Ailigandí a informar al cuartel general sobre el sacrificio de los dos policías llevado a cabo el **domingo por la mañana** en cumplimiento de órdenes de Ailigandí. No traían, pues, intenciones agresivas.

Pero Miguel estaba sobreexcitado y dispuesto a tomar la delantera al enemigo. Olvidaba que el peor adversario es el doméstico.

Sin andar con paños calientes, resolvió eliminar a balazo limpio a los supuestos asesinos. Llamó a su colega Samuel Guerrero, policía indígena de Narasgantup, pidió la cooperación de dos amigos, José Sosip y Kuis, pero este último desistió por fin, a la voz de un amigo que le decía: —No te vayas con él, que vas a morir.

No dejaba de recelar Miguel de los mismos vecinos que a su espalda quedaban; por esto encomendó el cuidado del cuartel al indio Lupos, con la severa orden de no abrir la puerta absolutamente a nadie y de disparar inmediatamente al primero que solicitara armas. Debía saber que pedía peras al olmo. Eran como las cuatro de la tarde.

Con estas precauciones, los tres arriba dichos Miguel Herrera policía latino, Samuel Guerrero policía indígena, y el amigo indio José Sosip, se trasladaron en cayuco a la contigua isleta de Sintupu, separada de la de Tigantikí por estrecha faja de mar de unos veinte y cinco metros de anchura.

Los comisionados que regresaban mojados y hambrientos a causa de un vuelco sufrido a medio camino y desalentados de proseguir el viaje por el fuerte temporal, ya enfilaban la proa hacia el estrecho que media entre el continente y el pueblo Tigantikeño, cuando Miguel y sus dos compañeros les hicieron una descarga. Un proyectil rasgó un poco la cuerda de la botavara.

Aunque los indios replicaron con un disparo, prefirieron hurtar el cuerpo a las balas, tendiéndose dentro del cayuco. Solo un brazo sobresalía de la borda del botecito, lo necesario para sostener el remo-governalle. Empujados por el viento fuerte, lograron internarse en el área rápidamente, poniéndose al socaire del plomo adversario.

La quinta columna organizada y bien emboscada. Entre tanto la brigada de rebeldes se organizó uniendo todas las fuerzas. Enrolaron también al cuartelero Lupos, el cual asediado a gritos y amenazas desde fuera del cuartel, les abrió tembloroso las puertas y entregó las armas y municiones existente. Más aún para librarse de la poderosa turba revolucionaria, alistóse en ella y resultó ser el más certero franco-tirador contra los policías.

El grupo armado atizaba astutamente la animación carnavalera para despistar a las víctimas y pasar desapercibido de las gentes. El Club especialmente estaba divertido, la verborrea chabacana de los beodos, las corridas de los diablillos y el espantajo del dios momo absorbían la atención del público.

Así las cosas, los rebeldes corrieron a agazaparse tras los tupidos zarzales de la orilla del mar y a ocultarse dentro de los pajizos cuartos de baño¹¹. Algunos se escondieron en los chiqueros del palmar próximo. De este modo acechaban a las incautas víctimas, que no habían de tardar en repasar el canal marino. La consigna sería disparar cuando se oyera la voz de "fuego" de Jim Smith¹², jefe de la histórica celada.

Miguel Herrera y sus connilitones vinieron por fin, sin prisas y satisfechos de haber disipado un siniestro nubarrón, con la fuga de los supuestos verdugos suyos. Por aquel día, podían dormir tranquilos. Arribados a la orilla, bajáronse uno tras otro, hallaron el diminuto cayuco y fusil al hombro, se dirigían a sus casas, cuando a la estentórea voz del dirigente Jim Smith sonó una cerrada descarga de fusilería y escopeta y cayó instantáneamente muerto José Sosip. Herrera perdió la estabilidad y quedó de rodillas, con la cabeza suspendida hacia un lado y el brazo derecho caído, haciendo esfuerzos para no caer al suelo. Samuel Guerrero, ileso, echóse a correr en busca de refugio. Ya cerca de una vivienda indígena, el sanguinario Jim lo derribó de un tremendo machetazo. Caído al suelo, otro emprendió con él a hachazos, ultimándolo a los pocos golpes.

Es de notar que la mayoría de los tiradores no acertaron a manejar las armas. El más eficiente y diestro fue precisamente el cuartelero Lupos, el hombre de confianza de Miguel Herrera.

¿Qué suerte le seguía a este hijo de La Chorrera?¹³ Con dificultad consiguió erigirse. A paso lento y regando sangre en el camino dirigió-

11) Sobre el mar, junto a la playa, se levantan cubículos de caña y paja donde la gente se baña con agua dulce en baldes. Esos cubículos sirven también de retretes. Los excrementos caen directamente al mar.

12) A propósito del nombre en Inglés: desde el siglo 17, apuntan los antropólogos (Stout, p. 91), el Kuna ha gustado, o tal vez necesitado de nombres extranjeros, posiblemente para identificarse en el trato hacia afuera de la comunidad. Desde el siglo 19 comienzan los nombres ingleses a usarse en San Blas recogidos al contacto, por ejemplo, con marineros de buques.

13) La Chorrera, población cercana a la Ciudad de Panamá.

se solo a su casa, aparentemente sin ser perseguido de nadie. Su esposa y el hijo lo esperaban impotentes y anegados en llanto.

Al entrar Miguel en la casa, tropezó con un obstáculo, dando en tierra de bruces, para no levantarse más. En este preciso momento llegó corriendo la fiera humana que acababa de ultimar a Samuel y arrebatándole de la mano la pistola, le descerrajó tres tiros, que acabaron con aquella vida.

Los indios respetaron a su familia, ofreciéndole todas las garantías de seguridad.

Los cadáveres fueron enterrados **al día siguiente, lunes**, en la playa del continente¹⁴, frente a la isla de Tigantiki.

Aires de libertad. Los tigantikeños se deshicieron para siempre del fastidioso fantasma policiaco. Respiraban ya ancho y profundo los aires nativos de libertad. Con un arrogante viraje se habían colocado de espaldas a extrañas civilizaciones y de cara a sus ancestrales usos.

Los hombres corrieron a cambiarse de camisa, sustituyendo la blanca y larga por la roja y corta, simbolo de guerra y rebeldía sangrienta. Las mujeres se ruborizaban de haber contemporizado con las usanzas Uagas (no indias), y en pocos momentos aparecieron ostentando altivamente la argolla en la nariz, la mola típica y el ancestral saburedi por falda. No pocas internáronse en los rincones del bohío para entregarse afanosamente a la tarea de cortarse a rape el pelo y adornar sus brazos y piernas con los tradicionales abalorios. De esta manera, con golpe relámpago, habían restablecido el "viejo orden de cosas".

Fluctuando entre triunfo y derrota. Pero no las tenían todas consigo. Como a siete millas de distancia flameaba sobre férrea asta la bandera de la civilización moderna: Narganá proyectaba aún siniestras sombras de incertidumbre. Como primera providencia se organizó un pelotón de fusileros que se distribuyeron por toda la periferia de la isla de Tigantiki, contra un posible envío de fuerzas desde Narganá.

Esta precaución les permitía trasladarse al vecino y ya independiente pueblo de Tigre para celebrar, en franca camaradería y en superación de alardes, las proezas llevadas a cabo en la liberación de la raza Kuna de ominosas garras.

¿Leal o traidor? Desde las 8 de la mañana de este inolvidable domingo de carnaval tenían forzado a permanecer en Tigre, al Narganense Antonio López. No le permitían proseguir su viaje, a pesar de las reiteradas promesas de guardar secreto ante la Fuerza Pública de Narganá, acerca de las ejecuciones de los policías. Así transcurrió toda aquella noche, sin obtener permiso de salida para su casa.

Por fin, le permitieron salir el lunes, previa amenaza de muerte en caso de ser infiel a su palabra y con el compromiso de sacrificar, en unión con los cómplices que le fueron designados, a los policías castellanos principalmente.

14) Los cementerios se encuentran en tierra firme, no en las islas.

D. NARGANA FRENTE A LA REVOLUCION.

Narganá no formaba parte del complot revolucionario. Posiblemente no se hallaron elementos de garantía. Quizás los Narganenses desconfiaron del éxito, dada la transformación cultural tan ampliamente operada en su pueblo. Sin embargo, no se podía consentir dentro de la tribu Kuna ningún baluarte de la civilización, que constituyera una constante amenaza. Había que eliminar o expulsar a los agentes del Gobierno. Ningún enlace más disimulado que un hijo del mismo Narganá. —Efectivamente el Narganense Antonio López salió de Tigre a las 6 de la mañana del lunes de carnaval rumbo a Narganá. A las 7 estaba metiendo sus plátanos en casa: Fuertemente impresionado por los pasados sucesos y los compromisos adquiridos, no pasó desapercibida para los familiares su turbación.

Descansado del viaje y hechas todas las diligencias domésticas, tendióse en su hamaca hondamente preocupado. No le cabían en el pecho los torturantes secretos y sobre todo el grave compromiso pesaba sobre su alma.

Levantóse a entrevistarse con Eliseo Padilla y Pedro González, los sugeridos cómplices para planear el peligroso golpe de muerte contra la policía.

Sin perder tiempo, se dieron con febril actividad a la tarea de reclutar adictos y fuerzas suficientes para la arriesgada empresa. No cesaron en este empeño hasta bien entrada la noche.

El secreto de Antonio López, pasó a ser secreto a voces en las postreras horas de la tarde. El carnaval seguía superficialmente su curso festivo, pero por dentro había otra procesión: la muda pesadilla de las muertes, ya conocidas por muchos, había de tener su desenlace, que no demoró en presentarse.

Quien brujas teme, brujas ve. Un incidente mal interpretado bastó para aguar definitivamente los carnavales. Dos comerciantes castellanos bajo la influencia del licor, fueron vistos por las jóvenes que se divertían en el Club, empeñados en una necia pelea de mano a mano. Asustadas y fuera de sí gritaron: Los indios bravos de Tadanakue¹⁵ están matando a los Uagas (castellanos). Y como una exhalación todos abandonaron el local juvenil, que luego fue cerrado.

Así el secreto a voces se convirtió en bando público en la isla de Narganá, que aún no estaba unida, con la de Corazón de Jesús por el actual puente¹⁶.

Tentando de abrir brechas. A pesar de todo, la solapada Junta Revolucionaria proseguía tenazmente su intento de sorprender a los policías, que se encontraban en su totalidad en Corazón de Jesús. El único medio era enfiestarlos con licor.

15) Tadanakue, nombre indio de R. Tigre.

16) Hay islas que casi se tocan, como Narganá y Corazón de Jesús.

Según crece la población se rellenan las playas y se gana terreno al mar hasta juntar dos islas. Otras veces, la comunicación por un puente o un relleno de coral parece que se debe a la conveniencia de utilizar servicios gubernamentales o de otras instituciones, comunes a ambas islas, por ejemplo, una escuela, una clínica, etc.

José Sek y Carlos Robinson, gobernistas, fueron invitados insistentemente a trasladarse a Corazón de Jesús, para libar varias copas. El policía Enrique Morales, largo tiempo estuvo asediado por falsos amigos, en la pretensión de hacerle beber el espirituoso néctar, sin lograrlo.

Ya entrada la noche, Carlos Robinson entró en la tienda del español Marcelino Vara (alias Rubio) situada junto al actual puente de madera. Los castellanos le interrogaron: ¿Qué ocurre en esta isla de Narganá, que han cerrado el Club, mientras en Corazón de Jesús sigue tan animada la fiesta?

Ultimo Recurso. Desalentados los asesinos en la labor de reclutar fuerzas, se atrevieron a probar fortuna con el líder de la juventud. Con este extremo proyecto se presentó uno de los anónimos cabecillas al Presidente de los jóvenes, Sr. Estanislao López¹⁷, diciéndole:

—Tenemos orden de los indios, todos de Tadanakue, de liquidar a todos los policías bajo pena de muerte. Igualmente debe ser muerto Carlos Robinson. Ayúdanos tú con tu gente. Si no, te matarán también a tí.

El caudillo de la juventud les replicó:

— No te metas en esas andanzas; y mucho menos tú que por la educación que has dado a tus hijos, tienes reputación de hombre de bien ante el Gobierno. Más tarde te pesará esa aventura. Es mejor que te alejes de aquí para librarte del compromiso.

No necesitaba más. A los pocos minutos se desentendió de los suyos el dicho cómplice. Y, resuelto a salvarse y a salvar a los demás, corrió a Corazón de Jesús a comunicar a los policías el complot que se tramaba contra sus vidas, informándoles al mismo tiempo de luctuosos sucesos de otras islas.

Diciendo para sus adentros: “Sálvase quien pueda”, largóse con su familia rumbo a Colón en su magnífico cayuco el “Pájaro”. Le acompañó también el líder de la juventud Estanislao López.

De esta manera, por falta de complicidad en el pueblo, fracasó la revolución de Narganá. Los Ríos Tigreños y demás redentores de la raza, no tuvieron el punto de apoyo suficiente para asaltar la fortaleza de la civilización Samblaseña.

Carlos Robinson describe este histórico momento, diciendo que, invitado por comerciantes castellanos a asistir a las diversiones juveniles de la contigua isla de C. de J., en vista de que en Narganá se habían suspendido inesperadamente, llegóse en cayuco al extremo sur de la isla. Allí sorprendieron a personas cargando bultos y maletas, cual si se tratara de algún viaje. Les preguntaron a ver a dónde iban tan de noche. Ellos respondieron así:

—“Nega targuena”. Sucesos terribles están ocurriendo. Hay revolución. Hoy vienen a matar a los policías y a los amigos del Gobierno.

—Como me creyese, narra C. Robinson, comprendido entre los perseguidos me personé apresuradamente en el cuartel a entrevistarme

17) El Sr. Estanislao López es en la actualidad (Marzo 1975) el 1er. Cacique General de la Comarca. Su sede es Narganá.

con el Subteniente Horacio Méndez. Este había ordenado ya la defensa y se disponía a cerrar el cuartel, montando una severa vigilancia en las dos islas y sus alrededores. Me dió una pistola para defenderme.

Inmediatamente nos trasladamos a nuestro pueblo de Narganá, —sigue informando Robinson—. Todos andaban alarmados.

Un grupo de hombres discutía acaloradamente; y al acercarme yo al lugar para cerciorarme de lo que se ventilaba, uno de ellos se avalanzó agresivamente sobre mí, diciéndome: —Tú eres el causante de que los indios estén bravos. — Pero yo, con pistola en mano, me enfren-té a todos ellos, diciéndoles: No deben sublevarse contra el Gobierno, sino hacer frente a los rebeldes.

Noche en vela. Esta noche de lunes a martes de Carnaval fue para los Narganenses de continua vigilia de sobresaltos y fugas. Nadie podía conciliar el sueño. Todos temían. Los comprometidos en la rebelión no habían podido ejecutar las órdenes de S. Colman. Pesábales la amenaza de muerte por traición, impericia o cobardía. Los leales al Gobierno y a la civilización esperaban en cualquier momento la avalancha de los bárbaros indios del oriente, aún sedientos de más sangre. Solamente los policías indígenas estuvieron a la altura de su misión, dispuestos a repeler valientemente la invasión enemiga.

Encabezados por Simón Herrera, los agentes indígenas se ofrecieron al jefe del Destacamento para ir a castigar a los asesinos de Tigre y Tigantiki.

El caso del subteniente Horacio Méndez. Este jefe, enfiestado y poco lúcido, no estaba preparado para dirigir operaciones bélicas, en que se jugara la vida. El instinto de conservación pudo más en él que otro motivo militar. Ante todo, trató de salvar la pelleja, junto con los demás agentes coloniales.

Los comerciantes castellanos, comprendiendo que el primer golpe de los indios sería contra él y que su estado mental lo incapacitaba para defenderse, lo empaquetaron (sic), embarcándolo en un cayuco ligero. Bien envuelto en gruesa lona, que más parecía un saco de arroz o azúcar que persona, lograron alejarlo del peligro.

Los indios estaban lejos de imaginarse que aquel bulto era nada menos que el imperante H. Méndez, a quien tenían ganas de devolverle algo, que no era precisamente bien por mal. Esto tenía lugar en la madrugada del martes de carnaval.

El indio del armario. El gran Cacique Carlos Robinson fue llamado en las primeras horas de la mañana de este martes por la Misionera protestante Miss Koope para decirle: —Amigo, por la tarde vendrá nutrida turba de revolucionarios desde las más apartadas islas de la Comarca oriental. Es mejor que te escondas, por si acaso. Si quieres, yo te ocultaré en mi casa.

Robinson, contento como unas pascuas, cogiendo su fusil y pistola, entró en la casa de la gringa, agazapándose en el rincón más inaccesible de la casa: dentro de una alacena o ropero. Colocóse en posición vertical detrás de largas vestimentas, arma en mano.

La niña del barril. Entre tanto el pueblo seguía dentro de sus casas, formando mil cábalas sobre la suerte que aguardaría a sus hijos, crecidos al calor de la civilización.

Alguien ocultó a su hijita de pocos abriles, teniéndola días enteros metida dentro de un barril porque ella era enrazada con negro, lo cual no podía pasar desapercibido de los forajidos. Se sabía ya el desastroso fin de tales criaturas en los pueblos por donde había pasado la Revolución.

Los fracasados cómplices. Por la mañanita del martes salieron en dirección a Tigre, tremebundos y preocupados por su fracaso, los tres principales cómplices de la revolución en Narganá. Se les había señalado la misión de sacrificar a los policías y no la habían cumplido.

Iban a informarles que no habían podido llevar a cabo sus deseos porque como por arte diabólico, se les habían escapado de las manos. Que si ellos querían, podían entrar sin peligro en las dos poblaciones de Narganá y Corazón de Jesús, porque no había ningún policía castellano.

Como al mediodía volvieron a Narganá capitaneando a una horda de rebeldes que llenaban tres enormes cayucos. Eran parte de Tigre, parte de Tigantiki.

INCIDENCIAS Y SUERTE DE LOS POLICIAS INDIGENAS.

Los policías, al avistar a la pequeña escuadra de cayucos ocupados por indios de rojas camisas, estimaron ser llegada la hora de la batalla. Se les excitaron los nervios.

—Fuego con ellos— grita Domingo Sanguillen.

Un comerciante español se le planta imperativamente, diciendo: —Alto, no dispaes, cálmate, vas a encender vanamente una hoguera.

Más los agentes porfiaban por iniciar la ofensiva, con la idea de no admitir dentro de casa al enemigo, que sería más peligroso.

Intervino también en tono pacificador el autorizado Vocero Igua-tiake, aconsejándoles no disparar. Mas los policías se revolvían de coraje, cambiándose entre si expresiones como éstas:

— ¿Con los trescientos cartuchos de que dispone cada uno de nosotros; vamos a dejarnos coger cándidamente?... No puede ser... Vámonos de aquí, antes de ser acorralados.

Los tres policías abandonaron el edificio escolar "Belisario Porras" de Corazón de Jesús, después que los temibles Tigre-Tigantikeños invadieron la isla vecina de Narganá. Contra una posible emboscada, juzgaron más prudente trasladarse al manglar de la próxima isla de Ustupu, despoblada. Serían como **las dos de la tarde del día martes.**

Algo más tarde les siguieron al mismo lugar, los Caciques gobiernófilos de Corazón de Jesús, Olelukina e Iguanábikiña. Fue indescriptible el nerviosismo que se apoderó de los fugitivos policías, cuando sus pacíficos seguidores los confundieron con los rebeldes. Instintivamente se lanzaron al agua. Al aproximárseles algo más, lograron identificarlos con la consiguiente satisfacción.

Carlos Robinson seguía todavía dentro del ropero, empuñando valientemente su pistola y encomendándose a todos los santos del cielo, que conociera.

Poco ruido y pocas nueces. ¿Qué hicieron los temidos asaltantes de bermejas camisas, durante las tres o más horas que merodearon por las islas de Narganá y Corazón de Jesús?

Sin duda, eran ellos los elementos más feroces que tenían los pueblos de Tigre y Tigantikí y casi todos eran autores materiales de las muertes habidas en dichas islas. Entraron en Narganá cerca de la tienda del español Rubio, allí presente.

Se presentaron con aspectos estudiadamente fieros: camisa roja y al estilo nativo, la cara grotescamente pintarrajeada, brazos remangados, empuñando fusiles, escopetas o machetes.

Apenas desembarcados, uno de ellos descargó furiosamente con el cañón del fusil un tremendo golpe en la pantorrilla del Sr. Nicanor Alba¹⁸, hasta hacerle sangrar copiosamente. Por mucho tiempo padeció cojera. Esta agresividad audaz seguramente hubiera sido reprimida, si no les hubieran dispensado una acogida tan indulgente y hasta cobardemente complaciente los habitantes de Narganá.

La banda de fascinerosos recorrió ambas islas en interminables idas y venidas que se prolongaron hasta la noche, cuando, defraudados por no hallar quien les diera mano cómplice, optaron por regresarse a sus islas.

AL AMPARO DE LAS SALVADORAS SOMBRAS DE LA NOCHE.

Precioso intervalo de libertad.

Carlos Robinson salió tímidamente de su armario, sin atreverse a desentenderse del todo de su pistola, cuando supo la ausencia del enemigo. Esa misma noche, a las diez horas, enrumbo el cayuco hacia Santa Isabel¹⁹, llevándose a sus hijos e hijas. Los enemigos no le perdieron de vista durante la travesía, causándole serios sustos, hasta que consiguió sustraerse de sus miradas.

Así mismo, una hermana del policía indígena Enrique Morales, ilegóse al manglar de la vecina isla de Ustupu, donde estaba su hermano en compañía de sus colegas y de los mencionados caciques, y los transportó a casa. Una vez reanimados y refocilados, emprendieron la fuga a la costa de Santa Isabel, lugar de general refugio. Con él fueron sus dos colegas, Simón Herrera y Domingo Sanguillén, con algunos familiares más.

SENTIDO DE LA REVOLUCION INDIGENA.

Es significativo que los revoltosos no molestaran, ni poco ni mucho, a los comerciantes extranjeros que allí había, principalmente a los dos españoles. Tampoco los de Tigre se metieron con Bus y compañía. En Narganá siguieron negociando en sus respectivas tiendas, cual si nada ocurriera.

En verdad los indios no habían tenido dificultades con ellos. Ninguna animosidad guardaban para ellos a pesar de las diferencias raciales y otros ancestrales prejuicios de cierta base histórica.

18) Ha de haber sido un comerciante español.

19) En el Distrito de Santa Isabel; ver mapa 1. (Primera Parte).

Cacarear y no poner huevo. Los exaltados indios forasteros se retiraron manifestando a los pacíficos Narganenses que su visita había sido meramente exploratoria. Que al día siguiente realizarían su entrada triunfal los indios de Tadanakue, con el fin de asentar los cimientos del viejo orden de cosas, en mal hora extirpado, y llevar a cabo algunos escarmientos.

Aprestándose a la defensa. El intimidante anuncio no produjo en el ánimo de los cultos Narganenses el efecto imaginado. Sólo les sirvió para darles oportunidad de organizarse en legítima defensa, tomando diversas providencias, principalmente las siguientes:

a) Las mujeres y los niños fueron trasladados muy adentro del río Diablo, sirviéndoles de vivienda provisional los bohíos construidos para morada de los muertos o sea los cementerios propiamente dichos. Los muchachos les transportaban hasta allá los alimentos. Permanecieron en este pueblo de vivos y muertos durante cuatro días.

b) Los hombres se organizaron para hacerse respetar, proveyéndose de cuantas armas hallaron a mano. Muchos estaban dispuestos a morir matando, distinguiéndose por su intrepidez el joven Tomás Arias con su amigo Joe Ortiz.

c) Los comerciantes no indios, por su parte, por precaución pasaron a dormir aquella noche en el portón del Colón Import allí fondeado.

La noche transcurrió para todos con relativa tranquilidad. Al día siguiente, **miércoles de Ceniza**, los dichos comerciantes escogitaban el procedimiento mejor para librarse de un futuro incierto. Era temerario permanecer por más tiempo ante la inminente llegada de los preconizados indios de Tadanakue, cebados en sangre.

¿Inquietudes?... Consejos... En las primeras horas de este día, el español José Touriño, seguía aún en su tienda. Varios indios de Tigantikí se arrimaron a él. Traían el rostro pintarrajeado, vestían camisa roja y sus actitudes delataban estar algún tanto beodos. Su desenfado en el porte y palabras, infundieron sospechas. Por todo saludo le agarraron fuertemente el brazo, circunstancia que su mujer india interpretó a su marido diciéndole:

—No te dejes tocar de sus manos, que las traen envenenadas.

Afortunadamente no dejaba de ser mero prejuicio de la tribu Kuna.

El objeto de su extraña visita, no era otro que averiguar de parte del indio Felipe Tompson de Tigantikí, dependiente de la sucursal que allí tenían Touriño, qué debía hacer con la mercancía allí almacenada. Exactamente así venía la inquisición: —¿Tú vienes por tus cosas o te las mando yo?...

Al mismo tiempo, otra embarcación indígena, se arrimó al comercio del otro español, Marcelino Vara, quien los recibió con toda amabilidad en el contiguo muelle. Por todo saludo le dijeron: —Si fueras panameño, te mataríamos ahora mismo... El, a su vez, les invitó a pasar a su establecimiento, con la siguiente espléndida oferta:

—Podéis coger libremente lo que necesitéis para comer o vestir.

Solo faltaban minutos para su definitiva partida, y por encima de todo había que asegurar la vida, dejando a un lado la fortuna.

Era ya media mañana. José Sek, indio de buen corazón hacia los extranjeros y de por vida católico práctico, se presentó al Sr. José Touriño para sugerirle un buen medio de asegurarse contra una posible anágaza de los rebeldes: internarse en el río por el tiempo que la anunciada invasión de indios ocupase la isla de Narganá.

Esta era también la opinión del español Rubio. Pero más cuerdo le pareció a Touriño ponerse por si acaso a más distancia de las zarpas de la fiera. Y formando una sola expedición, todos los comerciantes extranjeros se largaron rumbo a Santa Isabel.

Los policías, tanto castellanos como indios, habían huído. Los indios gobiernistas les habían seguido en la fuga y algunos se les anticiparon. Solo habían quedado rezagados los comerciantes extranjeros, los cuales aunque como simples espectadores en la contienda, tampoco quisieron exponerse a las salpicaduras de sangre, y se fueron también.

De esta suerte, quedó Narganá en manos de los indios parte pacíficos, parte belicosos. Pero el elemento homogéneo siempre se entiende. "Entre padres y hermanos, no metas las manos" dice un refrán español.

Mediando el día miércoles de Ceniza, afluyó a Narganá cantidad de indios, originarios de distintos pueblos de la Comarca oriental, principalmente Ustupu, Ailigandí y Playón Chico y los mandamás de la tribu.

A las cuatro de la tarde, reuniéronse en congreso para implantar definitivamente un gobierno genuinamente indígena en Narganá, restableciendo el primitivo sistema tribal, a semejanza de lo verificado en las demás islas.

Cobardes Agresores. No obstante haber proclamado el fin de las violencias, irresponsables de sangre hirviente, desencadenaron su fobia contra honrados y prominentes indios, partidarios de la civilización, como el citado José Sek. A este señor lo tomaron varios indios por su cuenta. Rodeado de todos ellos fue conducido, entre denuestos de diferente cariz, al extremo occidental del actual aeropuerto. Allí lo mortificaron a golpes, simulacros de fusilamiento, disparos de fusil al ras del cuerpo, etc. Cosa similar intentaron realizar con el instruido Tomás Arias, pero este les enseñó los dientes y desistieron de ello, por si las moscas.

¡Estén alertall! Al anochecer de este miércoles, arribó a Narganá, procedente de Kartí una comisión, despachada por el autor de toda la revolución, Mr. Marsh. Trajo la orden de no tener encendida lámpara alguna por las noches, hasta segunda orden. Consigna que debía observarse desde un extremo al otro de la región indígena. Esta medida tenía por fin, prevenir un posible ataque por sorpresa de las fuerzas del gobierno.

Ponemos punto final a este relato histórico, en que se han descrito las alternativas vividas por la más civilizada isla de San Blas, Narganá, la cual no se manchó de sangre.

E. LA REVOLUCION EN UKUPA

El jueves, día 26 de febrero a las 4 de la tarde, arribó a Aidirgan-

dí procedente de Tigantikí, una comisión de indios flameando las insignias de la guerra santa. La jefaturaba el calificado extremista Jim Smith.

Nuevamente se hallaba en este costanero pueblo el tantas veces mentado narganense Antonio López, en su labor de cortar plátano para el consumo familiar.

La misión de los Tigantiqueños era prender al Cacique de Ukupa. Necesitaban más fuerza al efecto, y entraban allí con el fin de reclutar cómplices. Antonio a duras penas pudo verse libre de ser enrolado, ante la tenaz insistencia de Jim Smith.

Por fin, engrosada notablemente la comisión por numerosos Airdigandises, reanudaron la marcha esa misma tarde, llegando a Ukupa, ya muy avanzada la noche. Los habitantes no se percataron de la presencia de los intrusos, al menos en su mayoría.

Inmediatamente empezaron a urdir la trama con la ayuda de un enlace, llamado Iguatibokiña, discípulo de honrado Cacique, en el ramo de medicina. El conocía bien la vida y costumbres de su maestro.

Preparado el trámite a seguir al día siguiente, se entregaron al descanso.

Al rayar el alba del viernes, entró Iguatibokiña en la casa del Cacique, sin que nadie se diera por sorprendido. Con la familiaridad acostumbrada le dijo:

—Oye, levántate, ahí te están esperando unos amigos de Tigantikí, que han venido a invitarte a un congreso de Sahilas que se está celebrando en Narganá. El Cacique Titikiña se levantó, y acompañado de su hijo, mozo de veinte abriles, fue conducido por su ingrato discípulo, a la playa, donde le esperaba el grupo expedicionario.

Al cruzarse las primeras palabras de saludo, padre e hijo fueron fuertemente agarrados y amarrados con las manos a la espalda. Mientras eran transportados al cayuco, el desalmado Tibokiña acribilló a balazos a ambos.

Allí mismo, en la arena de la playa abrieron una fosa, enterrándoles de manera vil e inhumana.

No era ese el propósito de los emisarios, sino sencillamente llevarlos presos a Narganá a responder de ciertos cargos ante el tribunal de la revolución y recibir una severa amonestación por lo pasado. Para lo futuro debía oír las normas de gobierno por las que se había de regir en adelante toda la tribu. Y nada más.

No se sabe qué relatos oiría Tibokiña de boca de aquella turba, que le calentaron los cascos hasta pasar de aprendiz de cantos y hierbas medicinales, en traidor y asesino del maestro.

Por la tarde de ese mismo día, los familiares de las víctimas, todas mujeres, para no provocar la indignación de los contrarios, desenterraron los cadáveres y los transportaron al cementerio común, dándoles honrosa sepultura.

Algunos, de no muy feliz memoria, sitúan en esta época revolucionaria, la violenta muerte dada al famoso Nekobandule en Ukupa. Este hecho ocurrió más tarde. Nekobandule, maestro de medicina, fue quien

defendió enérgicamente a Pedro Estósel, fugitivo de Playón Chico, en los días de la sublevación del año 1925.

F. LA REVOLUCION EN RIO SIDRA

A este pueblo llegaron tarde los rumores de la sublevación indígena. **La noche del lunes de carnaval** probablemente pasaron en vela los agentes de la policía. **Era ya martes**, cuando dieron señales de tomar medidas salvadoras.

Antes del amanecer de este día, despacharon una comisión de indios, encabezados por el Sahila Bipi de hoy día, preguntando sobre el fundamento de las alarmas que se oían.

Los jóvenes comisionados arribaron al puerto de El Porvenir, como a **las 9 del día**. Fueron recibidos en el muelle por el policía de guardia con la bayoneta calada y con el fusil apuntando al pecho.

Sin desistir de esta actitud, les dirigió las preguntas siguientes:

—¿De dónde vienen, a qué vienen, desgraciados?

Ellos, con la garganta anudada, respondieron tímidamente: —Venimos de Río Sidra.

—¿Dónde está el jefe de la policía, Tomás Mudarra?

— Allí está, en Río Sidra.

— Mentira, lo han matado ustedes, cobardes.

— Aquí tiene usted una carta que traemos de parte de él. Nos ha enviado para que la entreguemos al jefe aquí.

Cuidadosamente revisada por el policía, y comprobada su autenticidad, fue a entregarla al dicho jefe. Los sencillos e inocentes indígenas temblaban por miedo de no salir con vida de aquel apurado trance.

Al poco rato regresó el guardia con la contestación para el jefe de Río Sidra. En ella le urgía salir al punto, si quería salvar la vida. Le refería la suerte corrida por los policías del oriente comarcano.

Antes de arribar los comisionados de vuelta a Río Sidra, los policías habían abandonado el pueblo a toda prisa, cargando en el gran cayuco "El Pueblo" de Rafael Morales cuantos objetos de uso cupieron.

Sin duda, aclarando los rumores por fuentes fidedignas, comprendieron el riesgo que estaban corriendo. De esta suerte pudieron burlar la acción de los encargados de cumplir las órdenes del cuartel general revolucionario de Kartí. A los encargados de la Revolución en Río Sidra se les había escapado ya de las manos la mejor presa. Quedaban así en precaria situación ante sus jefes. Era menester salir adelante con el compromiso y acreditar de alguna manera su valentía y su amor a la raza. Aún tenían oportunidad.

Cuatro trabajadores extranjeros, ignorantes de lo que estaba ocurriendo, continuaban sus labores en la finca de Morales. Todos ellos fueron cayendo uno tras otro en la trampa, siendo liquidados a medida que iban llegando de sus faenas, sin percatarse los anteriores del desenlace de los posteriores.

El primero en llegar a la población fue un colombiano, por nom-

bre Carranza. Vino fatigado del duro bregar en la faena de cortar palos en el manglar próximo para la construcción de un muelle, que debía servir para el embarque del güineo del Sr. Morales.

Verificadas las diligencias de subir a tierra la pequeña canoita y colocar los instrumentos de trabajo en su propio lugar, se fue al cuartel de policía a entrevistarse con sus amigos. Con asombro, lo halló abierto de par en par, y desalojado de todos los enseres.

Fue visto ir y venir en distintas direcciones, con evidente inmutación de ánimo. Su nerviosismo fue mayor al observar que era objeto de las miradas de todo el pueblo. Por fin, un grupo de hombres se le acercó para decirle resueltamente:

—Tus amigos se fueron huyendo de aquí. Tú, no puedes escapar más.

Al eco de estas palabras parece que comprendió su apurada situación y echóse a correr, como alma que lleva el diablo, al interior del cuartel. Allí dió con un fusil inútil. Todo nervioso y como defendiéndose de todas las direcciones, empezó a apuntar a una y otra parte.

Los indios lograron calmarlo momentáneamente con vanas promesas y capciosos razonamientos. Colocándose poco a poco al alcance del fusil, se lo arrebataron inesperadamente de las manos. Acto seguido, lo amarraron con gruesas sogas, transportándolo al balcón de la tienda de Rafael Morales y atándolo fuertemente a sus columnas.

Allí estuvo largo tiempo ante la espectación del pueblo que en masa se había congregado, llevado de la curiosidad. Tal era el miedo que invadió a todo su cuerpo, que no podía sostener un vaso de agua que el actual Cacique de Nusatupu le trajo, a petición suya.

Estando en esta actitud, llegaron de Kartí varios cayucos de emisarios de Olonibikiña y Marsh. Al ser reconocido, lo hicieron blanco de sus tiros, dejándolo moribundo. Dos tiros de gracia terminaron posteriormente con su vida.

Al cabo de una hora vino también otro colombiano, llamado González. En plan amistoso y con el aparente pretexto de hacerle algunas observaciones, se le acercaron unos cuatro individuos, jefaturados por el famoso Iguasabikiña.

Cuando más descuidado se hallaba lo prendieron entre todos, amarrándolo fuertemente de pies y manos. Así atado y desoyendo sus lastimeros gritos de misericordia lo precipitaron al fondo del mar, colgándole del cuello una gruesa piedra.

Por fin, a la caída de la tarde de ese martes, aparecieron los dos últimos operarios del plantanal citado. Ambos eran de nacionalidad nicaragüense. Ninguno del pueblo recuerda a tan remota fecha, los nombres propios.

Como su acceso ordinario era el muelle, ya de antemano los francotiradores tomaron posiciones, de suerte que les hicieran blanco de dos fuegos opuestos. Como calcularon, así sucedió: Terminando de arriarse al muelle les hicieron cerrada descarga. Cayó muerto uno de los labradores. Un tirador resultó herido por un colega de la parte opuesta. El segundo asalariado nicaragüense salió más afortunado; pues pudo escaparse canaleteando y con el muerto adentro, hasta perderse de

la vista de sus asesinos, rumbo a Santa Isabel. Dicen que también fue herido. Y que se defendía con pistola mientras iba retirándose. Como ellos confiesan paladinamente, no quisieron perseguirle porque nadie quería morir.

En este pueblo, tal vez, pagaron justos por pecadores. Posiblemente estos operarios no estaban en lista. Los rebeldes debían hacer un escarmiento y lo hicieron.

G. REVOLUCION EN UBIGANTUPU

No es de extrañar que en Kartí, a diferencia de las demás islas, se ensañaran también contra los tenderos porque la mayoría de estos establecimientos comerciales eran propiedad del Sr. Morales, en convivencia con altos jefes de la administración Comarcal.

Así ocurrió en la isla de Ubigantupu (Mandinga) donde fue ejecutado el dependiente de la tienda, Sr. Julio Ayala, que a la vez portaba placa de policía. Este hecho tuvo lugar alrededor de las 10 p.m.

Un pelotón de indios de Kartí, en tres cayucos, se presentaron en el pueblo a altas horas de la noche, siguiendo órdenes de Marsh y Olonibikiña conjuntamente. **Era martes de carnaval.**

Guiados por indios vecinos del lugar, llegaron al domicilio de Julio, que estaba entregado al descanso. Pretextando urgente necesidad de ciertas mercancías, le hicieron levantarse y abrir la tienda, muy ajeno de sospechar nada malo.

Mientras estaba ocupado en despachar a uno de sus simulados clientes, los otros abrieron fuego a través de las rendijas de la cañiza pared del establecimiento, rematándolo después entre todos a golpe y porrazo.

Su mujer fue llevada a Kartí, al cuartel general, en calidad de presa. Más tarde fue procesada por el mismo Marsh ante un tribunal de justicia, cuyo presidente era el gringo aventurero.

Cuentan que Horaba de miedo al comparecer ante la grotesca amalgama de aquellos jueces sin ley, ni justicia. Sin embargo, no se le ocasionó mayor molestia.

H. NARASGANTUPU TUMMADI²⁰.

También experimentó esta isla las consecuencias del contagio revolucionario. Una niña de siete años fue ahogada en el mar, por ser hija de un orfebre costeño con una india del lugar. Dicho orfebre sigue trabajando en nuestros días con buena aceptación en el mismo lugar que entonces.

I. RIO AZUCAR UNCIDA A LA REVOLUCION.

La representativa asamblea revolucionaria que actuaba incontrastablemente desde Kartí sobre toda la región en nombre de Corifeos de la Sublevación General, determinó acabar con la artificiosa indiferencia de los habitantes de Río Azúcar.

20) También llamado Naranjo Grande.

En consecuencia, despachó una comisión de indios, casi todos Río Tigreños, con instrucciones de organizar el consejo revolucionario que exterminara, si no a los policías indígenas que allí fungían, al menos al castellano que trataban de amparar. Este cometido fue llevado a cabo por la comisión con todo éxito. Habiendo arribado al pueblo a **media mañana del miércoles de Ceniza**, regresaba a las tres de la tarde.

Varias causas contribuían a que los Ríoazucareños estuvieran re-nuentes con la revolución:

Primeramente el orden público estaba a cargo de indios, vecinos del pueblo. Circunstancia ésta que dificultaba planear con el debido secreto y seguridad el atentado contra sus vidas.

En segundo lugar, sus habitantes ya venían entrando con paso acelerado por las vías de la civilización. Eran tangibles los resultados de orden y disciplina implantados allí bajo la dirección del progresista Cacique Luis Díaz, con la cooperación leal de la fuerza pública.

Además, este eficiente gobierno del pueblo, cuyo éxito principal estribaba en la sabia orientación del elemento autóctono en la función gestora, contribuyó a que el cabecilla rebelde, residente temporalmente en Kartí; se viera precisado a realizar no menos de dos viajes consecutivos para lograr la complicidad de los más extremistas.

La última vez vino a Río Azúcar en actitudes conminatorias, dispuesto a jugar la postrera carta en nombre del cuartel general de Kartí, y así, les dijo:

—Si no lo matan, los mataremos a ustedes. — Referíase al único castellano residente allí y rezagado entre la indiada, a pesar de los consejos de los mismos indios amigos para alejarse de allí.

Después de diligente examen de datos y fechas llegamos a la conclusión de que Río Azúcar fue la última isla en seguir el carro de la revolución triunfante. Pero cuando se decidió a actuar, derrochó un salvajismo, cuyo solo pensamiento horroriza. Si testigos presenciales, de indubitable imparcialidad, no le acreditaran con nombres y detalles, lo estimaríamos sencillamente inverosímil. Su descripción, por muy atenuada que se intentara, resultaría aún impudorosa y nauseabunda.

Posiblemente, los extremistas Ríoazucareños, al escuchar a los Tigreños el vívido y crudo relato de los refinamientos de crueldad usados en Tadanakue, no pudieron llevar en paciencia que fueran superados en valentía y coraje por nadie, ni más menguados que los demás.

Inmediatamente tomaron medidas en reunión secreta, para eliminar al único castellano que quedaba: el Chorrerano Fidelino Valverde, vulgarmente apodado "Uaibipi". Vivía con una india de Urgandí (Río Sidra) llamada Matilde, hija del indio Sipi. Era el gerente de la tienda de Morales.

Era bien entrada **la noche del miércoles**. Nutrido número de jóvenes de ambos sexos se divertía alegremente en el Club, en animado baile. Mientras tanto, una decena de hombres tramaba en el recinto de una casa la ejecución del comerciante panameño, la que se llevaría a cabo del modo siguiente:

Unos se agazaparían dentro del club en espera de la víctima. Otros

dos se encargarían de traerlo de grado o por fuerza, tarea ésta que se encomendó a los hermanos Muñoz, en unión de otros.

Valverde no vivía tranquilo, como insinuamos arriba. Por eso no salía por las calles, temeroso de una emboscada. Así, se explica que al ir a prenderlo los asesinos, se entablara el siguiente diálogo:

—Valverde!!... Valverde!! Silencio sepulcral. El aludido nada respondió.

—Valverde, vamos al club, que tus amigos te están esperando. Hay fiesta grande y reina gran animación entre la juventud.

—Déjenme en paz, que estoy acostado.

—Queremos que nos acompañes en la alegre función que estamos llevando a cabo.

—Que no tengo ganas—.

Al avisado y tembloroso mercader le oía aquello peor que a chamusquina. Y tanto más, dada la calaña de hombres que venían de improvisados amigos. Por fin, negóse resueltamente, alegando malestar corporal.

Ellos, desenmascarando sus intenciones, le conminaron franca y decididamente: —Si no quieres venir, te llevaremos a la fuerza.

Valverde, bien amilanado y presintiendo un mal desenlace, se entregó a sus fingidos amigos, quienes lo llevaron en medio del grupo, hasta llegar al club.

Ya cerca del término no pudo disimular la honda impresión que le produjera el extraño fenómeno de un súbito silencio en el centro de diversión y la estratagema de retirarse al otro lado del edificio el conjunto de los danzantes, que siguieron hasta la playa.

Solo quedaban unos pocos hombres, al parecer rezagados en los rincones del salón.

Notablemente inmutado, no pudo ocultar su presentimiento a los asesinos, quienes le contestaron evasivamente.

Entrando en el Club lo rodearon varios del complot, simulando deseos de cambiar palabras con él. De repente, hicieron vacío a su alrededor y sonaron automáticamente varios disparos.

Gravemente herido y todo, echóse a correr queriendo escapar de sus agresores, mas a los pocos pasos cayó de bruces, bañado en un charco de sangre.

Tumultuosamente se precipitaron sobre él todos los presentes, golpeándolo con cuanto tenían a mano. A los rugidos de los exaltados agresores, acudieron numerosas personas atraídas por la curiosidad, las cuales, si eran hombres, eran obligados a cooperar en el cobarde crimen, aunque no fuera más que tocándole con un palo. Era un pretexto para multiplicar cómplices y distribuirse la responsabilidad. Así podían decir, llegado el caso: fueron todos y no fue nadie.

Su cuerpo fue vilmente profanado, en forma capaz de horrorizar la insensibilidad más bruta.

J. EL PORVENIR

En la isla de "El Perdón", usualmente "El Porvenir", pereció a manos de un europeo, empleado público, uno de los indios más amigos del Gobierno y muy relacionado con las personas civilizadas. Llamábase Petter, y era hermano menor del ampliamente conocido Santos de Kartí.

El triste suceso ocurrió de la manera siguiente:

El consejo revolucionario de Kartí, asesorado por Marsh, intentaba sondear la vulnerabilidad de la cabecera de la Intendencia, en orden a planear artero golpe de muerte a este importante puesto.

Era martes de Carnaval, día 24 de febrero. Petter era gerente de varios veleros, propiedad de los indios Kartíes y entraba frecuentemente en la Intendencia, principalmente por asuntos comerciales con el Sr. Morales.

Como elemento conocido de la Intendencia, era el portador de muchas diligencias de parte de los indios ante la autoridad Comarcal. Gozaba de mucho predicamento entre el personal oficial y civilizado en general. Nadie, pues, más a propósito que él para espiar la situación y sorprender la buena fe del personal administrativo del Gobierno.

Objetivos del espionaje.

La secreta misión a él encomendada era procurar aquietar los ánimos de los castellanos, posiblemente alterados por rumores de sublevación, persuadiéndoles de infundados y falsos rumores, los que tal vez corrieran por allí. Debía animar el carnaval a cualquier costo, sobre todo hacer circular botellas. Por último debía hacer contacto y ponerse de acuerdo con un indio de fija residencia allí, en orden a asestarles certera estocada.

El sencillo y bisoño en tales encomiendas no midió el alcance y gravedad de su gestión. Que de saberlo, probablemente no la aceptara.

Allá fue... y no volvió. Habiendo salido a las seis de la madrugada, arribó a Uichuala a las ocho. La primera visita en esta isleta fue al Cacique del lugar, Uguabi, con quien conversó. Lo invitó a pasar con él a saludar a los jefes del Gobierno y realizar su misión.

El Sáhila Iguabi, lejos de acompañarle, trató de disuadirle de tan arriesgado plan, presentándole sus peligros, pero Petter desoyó sus consejos.

Hay versiones que atribuyen a Iguabi el hecho de haber delatado a Petter como espía ante la intendencia. Sea lo que fuere de ello, es cierto que en este Despacho oficial estaban perfectamente enterados de los sangrientos sucesos de la Comarca oriental por boca de Estanislao López, el cual ya estaba en camino a Panamá para informarle al Gobierno.

Llegado Petter a El Porvenir, fue preso inmediatamente en el mismo edificio del Jefe de la Comarca, en compañía de su pequeño hijo. No había propósito de sacrificarlo.

En el preciso momento de arrancar el motor de la lancha oficial "Santa Isabel", llevando a todo el personal castellano para salvarlo de

las garras de los indios sublevados, el maquinista se enteró de la prisión de Petter por motivos de complicidad con los indios revolucionarios. Encendido de coraje se dirigió donde él pistola en mano y lo mató.

Esta es la única víctima de los indios en la revolución del año 1925, inmolada por parte de los elementos de la civilización.

K. REACCION DEL GOBIERNO DE PANAMA.

Los datos que estampamos en este último apartado, débense a los archivos vivientes de la feliz memoria del Cacique General Sr. Estanislao López. A partir del año 1920 hasta nuestros días, apenas hay sucesos de cierta importancia en los anales de San Blas en que no haya intervenido el Sr. López y, en la mayoría de ellos, como el protagonista. Contadísimo serán los problemas indígenas elevados al Gobierno nacional, de los que no haya sido el portador. Y cuente quien pueda los ya presentados en el decurso de los últimos treinta años.

Providencialmente él fue también el primer enlace informativo entre el Despacho del Jefe Oficial de San Blas y el Poder Ejecutivo de Panamá.

Huyendo de la quema. Seguramente fue el Sr. Estanislao el primer fugitivo del sangriento escenario, en compañía del Sr. Eliseo Iglesias y familia. **El lunes de Carnaval**, por la noche, se embarcaron rumbo a El Porvenir en el gran cayuco "pájaro", los dos dichos, más Luisa, Marina y Alcibiades Iglesias desde Narganá.

A las tres de la mañana del martes estaban para entrar al puerto de la Intendencia, cuando les hicieron dos descargas de fusil. En El Porvenir estaban pues, al tanto de los sucesos y alerta. Al grito de "Somos fugitivos de Narganá" fueron recibidos por el Subteniente Darío Carrillo, quien les tomó detallada información.

Comisión a Panamá. Una vez amanecido, el Sr. Carrillo designó el martes una comisión para informar a Panamá sobre la situación surgida en la Comarca. Estaba compuesta del Sr. Estanislao como jefe, Jim Bety y Alcibiades Iglesias. Salieron a las 8 a.m. en el mismo cayuco Pájaro, en que habían venido, en dirección a Colón, distante sesenta y cuatro millas. A las 8 p.m. estaban en la ciudad Atlántica. Durmieron en el cuartel de policía.

El miércoles de Ceniza reanudaron el viaje a Panamá por tren a las 9 a.m. "Inmediatamente entregamos al Sr. Andrés Mojica, Intendente de San Blas y ocasionalmente residente en Panamá, la nota redactada por el jefe de El Porvenir. Pasamos luego a entrevistarnos con el Ministro de Gobierno, Sr. Carlos López, sigue informándonos Estanislao, "y acabando de referirle lo que sabíamos, nos despide sin dar crédito a nuestras palabras".

Alarma en Panamá. La prensa vespertina de la capital anunció, con grandes caracteres, la sangrienta tragedia de San Blas. El Ministro de Gobierno buscó rápidamente a los indios de la mañana. Una vez en su Despacho, designó al Sr. Estanislao como intérprete de una Comisión aérea a las islas de los rebeldes Kartíes, sede del alma de la revolución, para que hablara con el Gringo Marsh, pero él se negó a ir resueltamente, en los siguientes términos: —Yo no voy, métame si quiere en la cárcel, yo no quiero morir.

Expedición armada a San Blas. Al día siguiente, **Jueves 26 de febrero** se consiguió reclutar una fuerza armada de más de cien unidades, perfectamente equipadas. Ellas, junto con otros voluntarios, formaron la expedición que había de reprimir con mano fuerte la impetuosa indigena, estando al frente de ella los Capitanes Benítez, Enrique Correa y Pinzón.

A las cinco de la tarde del día 27, viernes, estaba listo para zarpas, en el muelle 3 de Colón, el barco "Isla". En él iban los hombres que formaban la Centuria formada por los soldados más valerosos de la República. En él estaban también, perfectamente uniformados, los indígenas Estanislao López, Abrahán Garrido y Alcibiades Iglesias. En el Bazar Americano les habían suministrado los uniformes a medida.

Surcando el Océano en busca del enemigo. El aguerrido escuadrón se hizo a la mar a las **seis de la tarde del viernes,** ya anocheciendo. Amanecieron frente al costanero pueblo de Santa Isabel. A esa misma hora divisaron, mar adentro, al destroyer americano Cleveland cortando velozmente las olas, rumbo a la región de los indios rebeldes. Llevaban a bordo nada menos que al Embajador Americano y al Sr. Carlos López, Ministro de Gobierno de Panamá. Les acompañaban otras destacadas autoridades panameñas como los Sres. Horacio Alfaro, Francisco de la Ossa, Juez de la Corte Suprema, y el Comandante de la Policía Americana.

Enemigo a la vista. Pasadas las ocho de la mañana el barco **Isla** entró en El Porvenir. El Cleveland habría fondeado anticipadamente. Con sus potentes cañones era dueño de la situación. Inmediatamente transmitió a la Isla la orden de no moverse nadie, ni bajarse a tierra, hasta segundo aviso.

Las fuerzas navales del destroyer yanqui, en uno de sus botes motorizados, fueron entrando sucesivamente en las islas pobladas de los indios rebeldes, El Perdón, Uichuala, Nalunega, etc.

Solamente a la una de la tarde nos permitieron, cuenta Estanislao López a los soldados de la República, descender en El Porvenir, siguiendo órdenes del Ministro Carlos López.

El Cleveland siguió bahía adentro hasta llegar al cuartel general de la revolución, Kartí²¹.

En esta isla esperaba Mr. Marsh al Cleveland. Dícese que el Ministro del Gobierno Panameño demandó al Ministro Americano la entrega del gringo Marsh y le fue respondido:

—Cuando los cañones del Cleveland sean hundidos en el fondo del mar podrán apoderarse de Mr. Marsh.

Esta misma tarde amaró en Kartí un hidroavión, llevando a los Sres. Ricardo Arango, segundo Comandante de la policía panameña, y Ricardo Morales, Secretario del Gobierno. Esto ocurría **el sábado.** Allí pasaron la **noche y el domingo entero** conferenciando con los Caciques indios y Marsh.

21) Kartí resultaba estratégica, por lo que parece, debido a la facilidad que brinda su localización geográfica y la profundidad del mar. Los buques pueden acercarse por una especie de canal de profundidad natural en el Golfo de San Blas y fondear tranquilamente protegidos del oleaje de alta mar por las islas coralinas deshabitadas y la península del Porvenir.

Convenio del Gobierno panameño con los indios.

Mientras las fuerzas panameñas seguían estacionadas en El Porvenir, impacientes por vengar la sangre de sus colegas sacrificados, en Kartí se reunían los caciques más caracterizados de la tribu Kuna, entrando y saliendo del Cleveland como de la casa de un caro amigo. Más de mil indios armados se hallaban congregados en Kartí, procedentes de las más apartadas islas, esperando el desenlace de las negociaciones y dispuestos a entrar en acción al menor indicio de agresión por parte de las fuerzas expedicionarias de Panamá.

Por fin, el pacífico Convenio fue un hecho. **Era el 7 de marzo.** Llegó el Cleveland a El Porvenir. En él venían los representantes de Panamá y EE. UU. por un lado, y por otro, los grandes Caciques indios con sus señores. Es de notar que los indios tenían fuertemente pintarrajada la cara y las mujeres ostentaban espléndidos arcos femeninos de genuina usanza kuna.

Todos ellos descendieron majestuosamente en medio de gran expectación, en la isla de El Porvenir. El escuadrón de la policía panameña formó calle de honor hasta que llegaron los representantes del convenio al despacho oficial de la Intendencia de la comarca.

Allí fraternizaron por varias horas, en franca camaradería los Americanos, Panameños y los Indios e Indias, todos de muy alta representación social.

Se les sirvieron abundantes y exquisitos manjares, sin omitir finos licores que realizasen la histórica escena y estrechasen los lazos de mutua amistad.

El agape terminó como a las dos de la tarde. Se rubricaron y resumieron las gestiones llevadas a cabo con todo éxito en las dos frases: "HABRA PAZ INALTERABLE... y NO HABRA CASTIGOS".

Y cada cual a su casa. Al día siguiente regresó a Colón el barco Isla, llevando a la mitad de la fuerza pública. Allí venía también el Intendente Andrés Mojica, ya depuesto.

En su lugar fue nombrado el Coronel Luis Hernández R., cuya actuación en la Comarca de San Blas entra por muchos lustros en la historia del desenvolvimiento cultural y progresivo de los indios Kunas.

Al día siguiente se retiró también del Archipiélago el destroyer Cleveland, con todos los grandes de la Embajada Americana y del Gobierno Panameño. En calidad de detenido iba también allí Mr. Marsh, muy seguro y satisfecho de su aventura, aunque posiblemente sin haber saciado todas sus ambiciones.

Pocos días más tarde, el Gobierno de la República de Panamá compró en Centro-América el guardacostas Panquiaco, destinado a la región de San Blas. Inmediatamente recorrió la región indígena, de un extremo al otro, en misión de pacificación.

Bandera Tule. La revolución Kuna de 1925 tuvo un sentido genuinamente nacionalista. Allí hubo un **Acta de Independencia**, un

Manifiesto a las principales naciones civilizadas y una Bandera de nueva creación²². El exterminio total de lo no indio corrobora nuestro aserto.

Todo ello viene a demostrar con evidencia, si acaso no bastara el testimonio histórico, que aquella cruenta tragedia tuvo influjo de carácter bien civilizado y culto. Designios e intereses misteriosos andaban sin duda de por medio.

Epílogo. Como término a esta reseña histórica, forjada pacientemente al contacto familiar de los indios que la vivieron y en el mismo lugar de los hechos, podemos afirmar que la Revolución Indígena de 1925 fue una Lección de... Moralidad... Respecto a la Dignidad de la persona humana... y de Pedagogía de la civilización Indígena.



22) Manifiesto, Acta y Bandera fueron escritos o ideados por Marsh. La Nación Tule se declaraba independiente de Panamá y hacía una petición al Gobierno de los EE. UU. "para que acepte imponer un protectorado sobre el pueblo de Tule y su territorio y dar a los habitantes de Tule tal grado de autonomía para ejercer el gobierno local como demuestren su capacidad para ello". La Bandera era dos franjas rojas horizontales separadas por una amarilla. Sobre la amarilla, una Cruz Swástica.